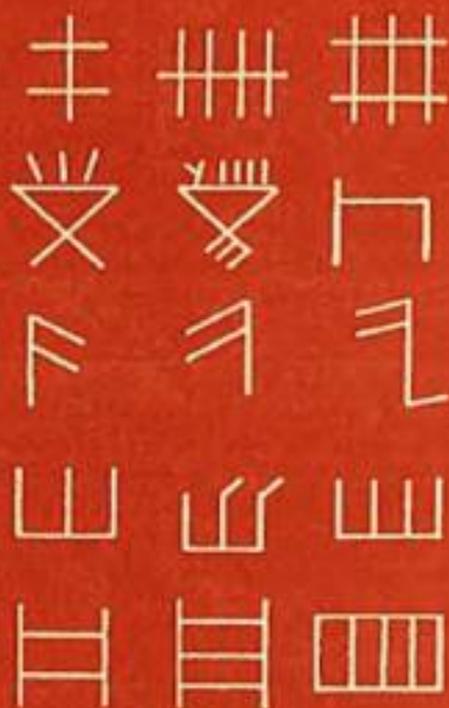


LOS
INDOEUROPEOS
Y LOS
ORÍGENES
DE EUROPA

LENGUAJE E HISTORIA

Francisco Villar



El Prof. Villar, catedrático de Lingüística Indoeuropea en la Universidad de Salamanca, ha conseguido que un tratado erudito se transforme en un placentero paseo por los muchos aspectos que a cualquier lector culto le interesa conocer sobre sus lejanos antepasados: los indoeuropeos. Quiénes fueron, cuándo y dónde vivieron, cómo era su familia, sociedad, religión, economía, cultura, su implantación en España, etc. El capítulo dedicado a la lengua responderá también a los intereses del especialista. Esta segunda edición, que recoge las aportaciones de los últimos años, incorpora nuevos mapas e ilustraciones, y unos completísimos índices de nombres, materias y palabras.

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO

Parte I

QUIÉNES SON LOS INDOEUROPEOS

Parte II

¿SABEMOS ALGO DE CÓMO VIVÍAN Y CÓMO PENSABAN?

Parte III

CÓMO ERA SU LENGUA

Parte IV

LOS INDOEUROPEOS EN LA HISTORIA

Parte V

LOS INDOEUROPEOS EN ESPAÑA

Parte VI

DIALECTOLOGÍA E HISTORIA

EPÍLOGO

Bibliografía

PRÓLOGO

Usted, que ha comenzado a leer estas líneas movido quizá por la curiosidad de conocer quiénes son los indoeuropeos y aprender algo de su historia, probablemente no sepa que usted mismo es uno de ellos. Independientemente de que sea alto o bajo, rubio o moreno; de que tenga los ojos azules o ne gros; de que hable gallego o castellano, bable o catalán, usted, aunque no lo sepa, es seguramente un indoeuropeo. Porque la condición de indoeuropeo no consiste en otra cosa que en tener como lengua materna una lengua indoeuropea. Nada más. Y nada menos.

Nada más, porque no parece existir ningún rasgo físico asociado permanentemente desde antiguo a ese pueblo — excepto ser de raza blanca—. Y na da menos, porque la lengua, que constituye el único requisito esencial de la indoeuropeidad, no es precisamente una característica menor.

Probablemente la revolución más decisiva en la historia de la Humanidad no fue ni la francesa ni la neolítica; ni su avance más decisivo la invención de la rueda o de la imprenta. Tal vez el paso crucial en la historia del hombre, el logro que marcó su destino, alejándolo para siempre de las restantes especies animales, fue el desarrollo de un lenguaje articulado. Probablemente nuestro antepasado el homínido sólo se convirtió en hombre cuando consiguió desarrollarlo. El proceso de humanización es sinónimo de instauración del lenguaje que caracteriza a nuestra especie.

La lengua es el logro más insigne de la humanidad. Con más matices que cualquier obra de arte. Más versátil que

cualquier instrumento. Más complejo y sutil que cualquier otro sistema, es capaz de convertirse en seña de identidad por la que la gente está dispuesta a matar y a morir. Porque cada pueblo tiene su peculiar forma de hablar, que le confiere su identidad y lo diferencia de otros pueblos. La lengua es uno de los rasgos primeros, y más evidente, de entre los que otorgan a otra persona la condición de miembro de nuestra propia comunidad o ajeno a ella. Pocos factores colaboran tanto a crear conciencia de comunidad diferente como el hablar una lengua distinta. Casi todos los nacionalismos modernos, de dentro y de fuera de nuestras fronteras, tienen como substrato —aunque no necesariamente exclusivo— una minoría que habla una lengua distinta de la que habla la mayoría.

En España, los nacionalismos con algún arraigo son aquellos en que se ha mantenido, en mayor o menor medida, la utilización de una lengua distinta del castellano (catalán, vasco, gallego). Y fuera de nuestras fronteras, el esquema se repite entre flamencos y valones en Bélgica, irlandeses e ingleses en Irlanda, turcos y griegos en Chipre, kurdos en distintos puntos del Oriente Medio.

Puede decirse que entre dos poblaciones hablantes de lenguas diferentes existirá con gran probabilidad conciencia de ser dos pueblos diferentes. Y por el contrario, cuando hay una forma homogénea de hablar en una comunidad, no será difícil que se sientan un pueblo único, una sola nación. No hay medida más eficaz para erradicar los nacionalismos que el suprimir las diferencias lingüísticas. Ni forma más eficaz de potenciarlos que el mantenerlas o acentuarlas. Y eso lo saben muy bien los políticos de uno y otro signo.

Esa capacidad diferenciadora o unificadora de la lengua tiene motivos profundos. La lengua es la ventana por la que el hombre contempla su mundo. Aprehendemos y aprendemos la realidad mediatizados por la lengua que nuestros padres nos legaron en herencia. Cuando enseñamos

a hablar a un niño, no sólo le proporcionamos un instrumento de comunicación con sus semejantes. También le imponemos un determinado análisis e interpretación de la realidad que lo rodea. La concepción que cada hombre tiene de la divinidad, de sus semejantes, de las relaciones de familia, del mundo, está indisolublemente implicada en la lengua materna en que rompió a hablar. Puede decirse que si conociéramos la lengua de un pueblo, aunque ninguna otra cosa supiéramos de él, estaría a nuestro alcance una buena parte de sus opiniones, creencias, concepciones; en una palabra, de su *Weltanschauung*.

Pues bien, el hecho de que usted y yo seamos indoeuropeos implica que un día, en un pasado remoto, fuimos, o mejor: nuestros antepasados y los antepasados de todos los demás pueblos indoeuropeos fueron un solo pueblo; un pueblo que hablaba una misma lengua, tenía conciencia de comunidad y compartía una misma concepción del mundo.

Hoy los indoeuropeos estamos esparcidos por los cinco continentes y hablamos multitud de lenguas variadas, que no nos permiten entendernos entre nosotros. Y por ello hemos perdido hace mucho tiempo la conciencia de nuestra unidad.

El pueblo indoeuropeo se ha extendido por toda la tierra en mayor medida que ningún otro. Ha provocado la desaparición de numerosos pueblos y culturas. Pero, a su vez, él ha desarrollado culturas diferentes en países y épocas distintos. Para bien y para mal, es el principal responsable (con la colaboración de ciertos pueblos semitas), de la cultura occidental, que parece llamada a imponerse como estándar para toda la humanidad. Con la colaboración también de elementos semitas, es el creador de la ciencia y de la técnica moderna. Ha sido el causante de la mayoría de las guerras que han afligido a la especie humana. Y en su seno han surgido los movimientos pacifistas. Ha provocado genocidios y muertes. Pero también ha inventado la medicina científica. Está esquilmando los recursos naturales del

planeta y deteriorando su ecología. Pero son algunos de sus miembros los pioneros del movimiento ecologista. Podría decirse que en lo bueno y en lo malo los indoeuropeos han sido, desde hace al menos dos mil quinientos años, vanguardia de la Humanidad y motor de su progreso.

Pero no ha sucedido así desde siempre. Originariamente nuestros antepasados ocupaban un espacio geográfico pequeño y hablaban una lengua regional. Tenían una cultura rudimentaria. Adoraban a unos dioses locales. Carecían de escritura. La sociedad indoeuropea contaba con una peculiar estructura familiar y una más que limitada organización política. Eran tan sólo unos bárbaros, ajenos al desarrollo cultural que por entonces gestaban otros pueblos.

Sin embargo, en aquel lejano pasado están nuestras raíces más profundas. Entre ellos y nosotros hay una continuidad en el uso de una misma lengua, ininterrumpida, generación tras generación. Nosotros nos entendemos con nuestros padres en una lengua que tenemos por la misma que hablan ellos. Y nuestros padres se entendieron así con los suyos y creyeron igualmente hablar su misma lengua. Y, con la salvedad de las excepcionales ocasiones en que una comunidad abandona su lengua para aceptar una nueva, así ha ocurrido generación tras generación, sin solución de continuidad, hasta remontamos a los integrantes de aquel pueblo bárbaro que resultan ser los antepasados más lejanos que la ciencia es capaz, por el momento, de identificar en nuestro árbol genealógico. De lo que ellos pensaban y creían, de sus costumbres y valores queda en nosotros mucho más de lo que a primera vista se pudiera sospechar.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La relativa lentitud con que progresan o evolucionan las ciencias implicadas en este libro supone que en los pocos

años transcurridos entre su primera aparición y esta segunda edición no se hayan producido transformaciones radicales que exijan una revisión a fondo de su contenido. No obstante, he introducido numerosas novedades y mejoras de diversa índole. He añadido índices que facilitarán su utilización. He incorporado algunas aportaciones de diferente calado que o bien son posteriores a la primera edición o bien, siendo ligeramente anteriores, no tuve ocasión de utilizar. He procurado mejorar el aspecto de muchos mapas y he añadido algunas ilustraciones nuevas. Debo agradecer a numerosos colegas y lectores en general las observaciones y sugerencias que me han hecho a lo largo de estos años, movidos por el propósito Indoeuropeos y orígenes de Europa de perfeccionar el libro o cubrir facetas desatendidas o menos atendidas. Hubiera sido imposible dar satisfacción a todos. Pero he recogido las que me han parecido más interesantes y en consonancia con la orientación general de la obra. Finalmente he unificado grafías y sistemas de transcripción, he corregido erratas, y subsanado errores materiales y otras deficiencias, si no inevitables, sí fáciles de acumular en un libro en el que se mezclan en una alta proporción alfabetos diversos, ortografías varias y numerosos signos diacríticos. En la tarea de detectar esas deficiencias me han sido igualmente de gran ayuda varios colegas, amigos y colaboradores. A todos ellos expreso mi sincero agradecimiento. Igualmente agradezco a B. Prósper la ayuda prestada en la preparación de los índices y la corrección de pruebas.

Madrid, 17 de Marzo de 1995

Parte I

QUIÉNES SON LOS INDOEUROPEOS

QUIÉNES SON LOS INDOEUROPEOS
CUÁNDO VIVIERON, DÓNDE HABITARON
LA VIEJA EUROPA
LA PRIMERA EUROPA INDOEUROPEA

I

QUIÉNES SON LOS INDOEUROPEOS

No han tenido fortuna en el nombre con que son designados. El de «indo europeos» es un término demasiado largo y poco eufónico. Y sin embargo pa rece haberse impuesto de forma casi general a costa de otras designaciones alternativas. En los ambientes académicos de Alemania se les llama «indo-germanos». Y hace unas décadas, tanto en Alemania como en el resto de Europa se extendió la denominación de «arios», aunque más en los medios políticos y periodísticos que en los científicos.

El nombre con que suele conocerse a los pueblos puede ser bien el que ca da uno de ellos se da a sí mismo (endoétnico), bien el que le dan sus vecinos (exoétnico). Lo que no siempre coincide. A los habitantes de Alemania, por ejemplo, nosotros los llamamos *alemanes*, los ingleses *Germans*, los italianos *tedeschi* y los polacos *niemcy*. Pero ellos se llaman a sí mismos *Deutsche* y a su país *Deustschland*.

En lo que a los indoeuropeos se refiere, desconocemos tanto la forma en que ellos se llamaban a sí mismos, como el nombre o los nombres que les dieron sus vecinos cuando eran todavía un pequeño pueblo unitario. Como tal, los indoeuropeos vivieron en una época prehistórica y ningún resto escrito por ellos ha podido llegar hasta nosotros para informarnos directamente sobre ése y otros aspectos.

Todo lo que sabemos sobre aquellos remotos antepasados nuestros lo conocemos a partir de elementos que han sobrevivido en la lengua de los pueblos históricos que de ellos descienden, mediante un proceso deductivo que se

pa rece en muchos aspectos a la solución de un problema policial. Pues bien, hay quienes creen que existen determinados indicios que podrían revelarnos el nombre que ellos se daban a sí mismos.

En el extremo oriental del ámbito ocupado históricamente por los pueblos indoeuropeos encontramos un grupo de ellos que se llaman a sí mismos *aryās*. Se trata de los habitantes de la India, Pakistán, Afganistán y Persia. Desde la 14.ª Quiénes son los indoeuropeos más antigua literatura de la India, el libro sagrado del Rig-Veda, hay constancia de que se designaban a sí mismos con ese nombre. Siglos más tarde, durante el Imperio Aqueménida (s. V a. C.) los habitantes de Persia se llamaban a sí mismos con idéntica denominación; y de algunos personajes se decía que eran *ariya-cica* «de origen ario». Esa designación se encuentra también en el nombre propio del bisabuelo de Darío, *Ariyaramna* (Ariaramnes). Y por lo demás, con las naturales modificaciones que las lenguas experimentan con el transcurso del tiempo, el término ha quedado en el nombre moderno del Irán y sus habitantes los *iraníes* o *iranios*.

Si su presencia se limitara a ese grupo de pueblos no habría razón alguna para suponer que tal era el nombre con que los indoeuropeos se llamaban a sí mismos. Si ha habido especialistas que así lo han pensado se debe a que han creído encontrar en el extremo occidental del mundo indoeuropeo un conjunto de hechos muy similar. Como elemento integrante de antropónimos encontramos *Ariomano* entre los celtas y *Ariovisto* entre los germanos (aunque este último es el nombre del célebre caudillo de los suevos que tan en contacto estuvo con las tribus celtas de secuanos y eduos, a quienes sometió en época de César). Y como nombre que un pueblo se da a sí mismo y a su país, se aduce *irlandés*, *Irlanda (Eire)*, que en su forma medieval es *Ériu* en lengua irlandesa.

Al estar testimoniado el mismo hecho a la vez en los más orientales y en los más occidentales de entre los pue-

blos indoeuropeos, debe concluirse que ésa era la denominación originaria del pueblo indoeuropeo, que han conservado en herencia celtas, indios o iraníes. Si no fuera así, habría que admitir el hecho improbable de que dos pueblos tan alejados entre sí en el tiempo y en el espacio, sin poder ponerse de acuerdo, ni tomar contacto, habrían coincidido casualmente en llamarse cada uno de ellos a sí mismo con idéntico nombre.

Basados en la equiparación *Arya/Ériu*, esos mismos especialistas concluyeron que los indoeuropeos se llamaban a sí mismos **aryōs*, palabra común de la que derivarían las formas históricas de uno y otro rincón de Eurasia. Pero sucede, por otro lado, que aparte del nombre que se dan esos pueblos, el término subsiste como palabra de uso común en sánscrito, donde *arya-* significa también «señor», «persona perteneciente a la nobleza o a las castas superiores». Y eso disparó la imaginación de muchos, que se creyeron descendientes de un pueblo de «señores», pueblo superior a otros pueblos, que ya en sus raíces se sabía destinado a dominarlos y a señorear el mundo.

El razonamiento en que se basó esa conclusión es, en sí mismo, impecable, y se fundamenta en uno de los criterios más sólidos del método comparativo: el de las *áreas laterales*, que en su momento explicaré. Pero la exactitud de las deducciones obtenidas mediante su aplicación depende, entre otros factores, de que los términos comparados sean realmente comparables. En nuestro caso, depende de que *arya*, *Iran* y *Ériu* sean términos emparentados, efectivamente descendientes de una misma palabra indoeuropea. En cambio, todo el razonamiento se derrumbaría si resultara que no son términos emparentados, sino que originariamente eran ajenos entre sí. Pues bien, hay razones para pensar que ése es el caso.

En plena efervescencia del nacionalismo «ario», Julius Pokorny observó con razón que el término irlandés *Ériu*

(acusativo *Érin*) para designar a Irlanda, debe ponerse en relación con la palabra que esa misma isla recibe en galés.

Y a su vez, ambas denominaciones, con las distintas variantes empleadas por los geógrafos griegos y romanos, que conocieron Irlanda con los nombres de *Hibernia*, *louernia*, *Hiberio* e *Ierne*. Galés e irlandés son dos lenguas muy próximas (ambas célticas) y es razonable pensar que las palabras para designar Irlanda en una y otra estén relacionadas. Pues bien, en galés el término empleado es *Ywerddon*, cuya fonética está más cerca que la irlandesa *Ériu* del *Hibernia* clásico. Y Pokorny demostró que tanto *Ériu* como *Ywerddon* proceden por la evolución fonética regular propia de cada una de esas dos lenguas de una antigua palabra compuesta **epi-weryo(n)* que significaba precisamente «La Isla». De modo que aunque en la actualidad *ario* e *Irán* presentan un parecido indudable con *Ériu* e Irlanda, sin embargo tienen una prehistoria muy diferente, ya que derivan de formas y significados sin ninguna relación, respectivamente **aryo-* «señor» y **epiweryon* «La Isla».

No hay razón, pues, para pensar que los celtas se llamaran a sí mismos con el nombre de **aryōs*. Y por lo tanto, de los datos que se aducían para demostrar que los indoeuropeos se llamaban a sí mismos **aryōs*, tan sólo quedan en pie dos: 1) la presencia de ese término en antropónimos celtas y germanos como los arriba citados y 2) que los habitantes de la India y el Irán se daban a sí mismos ese nombre. Pero la única conclusión correcta que de ellos cabría inferir es que en indoeuropeo había un adjetivo **aryo-* que significaba «señor», o algo similar, que se utilizaba en la onomástica personal, y que uno de los grupos de pueblos indoeuropeos históricos (los indios e iraníes) eligieron ese antiguo adjetivo como denominación nacional.

La historia tiene a veces amargas ironías. Hace unos pocos años O. Szeme rényi encontró que en ugarítico existe el término *āry-* con el significado de «pariente, miembro de la

propia familia, compañero», que estaría relacionado a su vez con egipcio *īry* «compañero». De donde resulta que el término *ario*, que en su momento fue usado como bandera para el exterminio de la raza judía, tiene precisamente una procedencia semita y en las lenguas indoeuropeas es tan sólo un préstamo.

El resultado de todo lo que precede es que nos quedamos sin el más leve indicio sobre el nombre que los indoeuropeos se daban a sí mismos. Y, ya que tampoco sabemos cómo los llamaban sus vecinos, resultó necesario improvisar alguno. De hecho han sido al menos tres los términos acuñados para designar a ese pueblo, y los tres basados en el mismo principio: crear una palabra compuesta cuyo primer miembro contenga la designación del pueblo histórico más oriental de la familia indoeuropea, y el segundo el más occidental.

El más antiguo remonta al siglo XVII y es por consiguiente anterior a la fecha del nacimiento de esta ciencia, que en general situamos en el primer tercio del XIX. Lo propuso Andreas Jäger en un libro que apareció con el nombre de *De Lingua Vetustissima Europae* («Sobre la lengua más antigua de Europa»), publicado en la ciudad alemana de Wittenberg (1686).

Jäger tenía ideas extraordinariamente claras para su época. En su opinión, en un pasado remoto se habría hablado en el Cáucaso una lengua que más tarde habría desaparecido, pero no sin dejar un buen número de herederas con temporáneas: el griego, el latín, las lenguas eslavas, el celta, todo el conjunto de las lenguas germánicas y el persa. Jäger no conocía el sánscrito, que tan sólo en el siglo XVIII, con la colonización inglesa de la India, se pondría al alcance de los estudiosos europeos.

De las lenguas emparentadas que podía manejar el erudito alemán, la más oriental era la persa y las más occidentales el celta y el germánico. Pero al persa lo llamaba él con

el nombre de «escita». Y como, por otra parte, opinaba que el gótico y las restantes lenguas germánicas eran formas modificadas del celta, propuso como nombre de la lengua ancestral el de «Escito-celta».

Estas ideas de Jäger, como ocurre con casi toda nueva concepción de cierta entidad, no surgieron de la nada. Antes que él hay toda una tradición centroeuropea de pensadores que persiguieron el esclarecimiento de los orígenes de nuestras lenguas y de nuestros pueblos. Hacía siglos que los espíritus más curiosos y menos conformistas daban vueltas a un problema que les inquietaba: el de la heterogeneidad de las lenguas habladas. Pues en la Europa de la época era creencia —inducida por la mitología judeocristiana— que todos los hombres procedían de una sola pareja y, por consiguiente, era presumible que todas las lenguas procedían de una sola lengua. Y como los estudiosos no habían descubierto todavía el hecho de que las lenguas evolucionan y se alteran con el paso de los siglos, eso chocaba con la constatación de que sólo en Europa se hablaban incontables lenguas diferentes. Y ese choque se hizo dramático tras la era de los descubrimientos, cuando pudo constatarse que la variedad de las lenguas humanas era muy superior a cuanto podía haberse imaginado.

La explicación de la variedad de las lenguas que circulaba por la época era también de origen judío. Se trataría de un castigo divino a la soberbia del hombre, narrado en la Biblia y conocido como el episodio de la Torre de Babel. Pero contra esa explicación legendaria se habían rebelado, al menos desde el siglo XVI, las mentes más críticas de Europa, dando lugar a esa corriente de opinión que culminó en la figura de A. Jäger. En ella se incluyen nombres como J. Goropius Becanus en el s. XVI, y A. Mylius, A. Rodomius Scribecius, J. Georgius Schottelius, J. de Laet y O. Rubdecius en el XVII.